

ACTIVIDADES ACADEMICAS

**Discurso del Dr. Ignacio Chávez, Rector de la Universidad
Nacional Autónoma de México, pronunciado en la ceremonia
de inauguración del Congreso del Centenario de la Academia
Nacional de Medicina, el día 30 de abril de 1964**

Señor Presidente de la República,
Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina,
Señores Invitados de Honor,
Señoras y señores:

Estamos aquí, a un siglo de distancia de aquel día memorable, 19 de abril de 1864, en que un pequeño grupo de diez médicos mexicanos y siete extranjeros, tomó la decisión de crear un organismo destinado al estudio y al intercambio de ideas en el campo de la medicina. Modestamente, para no pecar de soberbia, le llamaron Comisión de Ciencias Médicas; pero nueve años después, crecido ya el número de sus miembros y con ánimo de vigorizar al joven organismo, le ampliaron sus funciones y le cambiaron su nombre por el de Academia de Medicina. Es así como ha llegado hasta nosotros.

Venimos hoy a recordar esa hora y a rendir honor a los iniciadores. A alabar su visión y a renovar el fuego de la antorcha. A la distancia de un siglo podemos estimar lo que significó su esfuerzo, su tremendo esfuerzo para no morir de asfixia. A cuarenta y tres años apenas de conseguida la independencia nacional; a treinta y un años apenas de abolida la educación escolástica y de suprimidos en la Escuela de Medicina los textos de Hipócrates y de Galeno; a una generación apenas, o algo más, de difundida en México la medicina científica del siglo XIX; en un ambiente de guerra y de profunda división de la familia mexicana; con el

país desolado, sangrante, miserable, ¿cómo no admirar el acto de fe de aquel pequeño grupo visionario, que quiso crear un instrumento de superación y dotar al país de un ímpetu científico que lo sacara del coloniaje intelectual en que seguía viviendo?

Nosotros, que somos los herederos de ese legado, somos los responsables de que la obra se prolongue y se magnifique en el tiempo. Cien años de vida académica nos han llevado ya al plano de superación con que soñaron los precursores. Ya quedó atrás el tiempo del coloniaje intelectual. Modesta o brillante, la medicina mexicana tiene ya vida propia, producción suya, obra de creación que aportar al movimiento universal. Sin alardes de suficiencia, pero sin sentimientos de inferioridad, el médico mexicano estudia y trabaja, investiga y crea. Es el mejor homenaje que podemos ofrecer al grupo heroico de los precursores.

La Academia Nacional de Medicina se asoma a su pasado para sentir el estímulo de la fe de sus mayores. Guarda respeto por su tradición, que la ennoblee; pero no para encadenarse a ella, sino para superarla. Somos hombres de nuestro tiempo, que tomamos del pasado lo que él encierra de herencia, pero tomamos del futuro lo que guarda de promesa.

Somos una institución que cambia a cada paso del tiempo. En sus comienzos, esta Academia fue sólo un cenáculo para cambiar informaciones y presentar y discutir experiencias personales. Pronto el panorama de la medicina cambió y aquí se trajeron hallazgos científicos y refinamientos técnicos, es decir, las aportaciones de la medicina en marcha. Esto forzó a la división en secciones que cubrieran especialidades. Pero llegó el momento en que se abrieron fosos entre los diversos grupos. El lenguaje de unos no siempre era comprensible para los otros. Pese a la unidad de la ciencia y de la medicina, una pequeña torre de Babel reaparecía en la historia.

Se ha hecho preciso reservar ciertas presentaciones muy especializadas, ciertas complejidades técnicas a las sociedades científicas de diversos ramos y traer a esta casa sólo las doctrinas, los avances y las novedades de que convenga informar a todos y en los que quepa la confrontación general de las ideas.

Con el paso del tiempo han seguido apareciendo nuevos perfiles de la medicina, a los que la Academia ha debido adaptarse. La medicina socializada, las nuevas prácticas de salubridad pública, la educación médica, la enseñanza continua de los profesionistas. Todo, al mismo tiempo que asistimos a los avances impresionantes, a los cambios espectaculares de la medicina. Avances que al hacernos más fuertes, nos hacen creernos más sabios, para venir a descubrir, con Toynbee, que la rapidez de los progresos nos hace más avanzar en ignorancia que en sabiduría. Advertimos, atónitos, que tras de cada región que se descubre, se extiende una área inmensa de misterio.

Resulta imposible, para la pobre y limitada capacidad de un hombre, enterarse, asimilar y menos aún, utilizar toda esa suma de saber que brota en torno

suyo. Como un forzado de la ciencia, se ve obligado a inclinarse sobre su propio surco y limitarse a clavar su empeño sobre la parcela de su especialidad. Y para no perder la unidad de la ciencia ni ignorar el panorama integral de la medicina, tiene qué asomarse al mundo que lo rodea, en busca de la información fundamental. Después, bajo la guía inteligente de otros estudiosos como él, forzados también de la ciencia, asistir a la discusión de las doctrinas nuevas y a la depuración de las verdades que surgen en otros campos que le son ajenos. Su visión quedará así integrada y su ritmo de avance podrá ser el ritmo universal. Tal es el papel de una Academia como ésta, donde se funde y se conjuga todo, el cambio de informaciones, la crítica de los hechos y la depuración de las doctrinas. Sin que se vote nada, se discute todo, buscando conservar el equilibrio del pensamiento. Ni estancamientos que ahoguen ni aventuras renovadoras sin la sustentación debida, que falseen la verdad de la ciencia.

No falta quienes miren con frialdad, cuando no con desdén, esta función de las academias, considerándolas fuera de nuestra época. Arguyen que las sociedades científicas especializadas han venido, entre todas, a sustituirlas. Es serio error. Junto a los gajos de la medicina necesitamos la medicina entera. Que haya una institución en la que quepan todas; donde cada opinión de especialista, de visión acaso limitada, pueda ser revisada y criticada por todos los sectores ajenos a su ramo. Institución que otée el riesgo, y lo prevenga, de las mutilaciones indebidas o de las pequeñas monstruosidades de un saber fragmentario, cuando éste pretende ignorar el valor de la integración científica.

Temas como el de la moral médica, eterna en su esencia, pero cambiante en sus modalidades de acuerdo con los cambios médicos y sociales, o como el de la educación médica, particularmente el de la educación continua de los graduados, preocupan a las academias de hoy. La nuestra viene poniendo su esfuerzo en su resolución, y de las alturas de su Sinaí, baja de tiempo en tiempo, al campo de la enseñanza.

Es natural. El problema del deterioro de los conocimientos médicos en unos cuantos años es tan grave, que en el curso de la vida de un médico llega a cambiarse todo, hasta la terminología. Igual que en el océano al través del tiempo, en que surgen archipiélagos y se hunden continentes. Ejercer la medicina hoy con los métodos y las ideas de una o dos generaciones atrás, no sólo es torpe sino que constituye un peligro social. Ese peligro es real y hay que atajarlo. Grandes grupos de médicos se han quedado, como la mujer de Loth, rígidos, inmóviles, con la cara vuelta hacia atrás. Para ellos no vale ya la defensa de Montesquieu, formulada en el siglo XVIII: "Ce ne sont pas les médecins qui nous manquent, c'est la médecine." Es doloroso que ahora pueda decirse, como Moreau lo ha hecho, mitad con tristeza, mitad con sarcasmo: "Hoy no es la medicina la que nos falta, hoy son los médicos."

Señor Presidente, señores:

Inicia la Academia un nuevo periodo de su vida. Suspendida en el filo de dos siglos, entre su ayer y su mañana, estoy seguro de que sabrá guardar, como su tradición más noble, el limpio respeto a la verdad, el noble culto a la creación científica, su misma honradez de pensamiento frente a lo que se ignora y afanosamente se busca. Estoy seguro también de que en su marcha futura no olvidará jamás que detrás de la ciencia, como afán de verdad, está escondido el hombre, el de todos los tiempos, con sus enfermedades y sus miserias, con su esperanza insatisfecha y con su ansia de redención. A nosotros, académicos, trabajadores inclinados sobre el surco de la ciencia, nos toca hacer de nuestro esfuerzo una siembra. Que la cosecha sea después ofrecida, lealmente, amorosamente, en beneficio del hombre.

Discurso del Dr. Alfonso Alvarez Bravo, Presidente de la Comisión Organizadora del Congreso del Centenario de la Academia Nacional de Medicina, pronunciado en la ceremonia de inauguración del evento, el día 30 de abril de 1964

Sr. Lic. don Adolfo López Mateos, Presidente Constitucional
de los Estados Unidos Mexicanos,
Señores Miembros de la Mesa de Honor,
Señores Delegados nacionales y extranjeros,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

La Academia Nacional de Medicina cumple hoy cien años de vida fructífera, cien años de labores ininterrumpidas dedicadas con sinceridad y empeño al estudio de la medicina y a la promoción de su progreso.

En el curso de estos cien años la Academia ha escrito la página más importante de la historia de la medicina mexicana, historia en la que se identifican los nombres de los médicos preclaros a quienes se deben los "jalones" fundamentales del progreso médico de México, con los de los académicos que han ocupado sus sitials, historia que debe guiarnos por el cauce que ha trazado, no tanto por el valor que pudiera tener la constancia fría que deja de los hechos muertos, sino por la orientación que da para interpretar el presente y planear el futuro, de modo que nada surja inopinadamente y nada desaparezca de improviso.

Este siglo, que ha sido de tan singular importancia para la evolución de la ciencia, representa también el periodo de integración de la medicina mexicana, pues la Academia, rectora indudable del movimiento médico de nuestro país, ha recorrido con él esta etapa histórica de sacrificios y esfuerzos generosos que han cristalizado en el momento presente en que la patria y la medicina mexicanas se presentan al mundo con características y personalidad propias.

La Academia Nacional de Medicina llega a su centenario en pleno vigor, cada vez más activa y más respetada, porque ha igualado su vida con el tiempo, porque ha vivido la vida de México, porque para ella han tenido siempre un gran significado los altos valores del espíritu, porque ha abierto sus puertas a la

calidad científica y humana sin distinguir ideologías ni clases, porque ha sido leal a su destino y a las causas nobles que la motivaron y ha mantenido siempre su paso hacia adelante.

Sus armas han sido el trabajo y el espíritu de servicio y su objeto el progreso de la medicina y el bien común.

La evolución de su pensamiento, particularmente en el curso de los últimos cincuenta años, la ha llevado a consolidar su fe, profundamente mexicana, en la democracia intelectual, democracia que da oportunidades a todos y permite el encumbramiento de quienes lo merecen; democracia en la que la brisa de la igualdad azota con violencia en la cara de las pseudoélites egocéntricas que actúan al margen de los grupos naturales y favorece, en cambio, el surgimiento de los espíritus selectos que la guían desde adentro; democracia intelectual que se preocupa por el hombre y busca el beneficio colectivo.

Los ideales y las labores de la Academia desbordan de sus muros, persiguen metas nacionales y huyen del individualismo egoísta, destructor y pobre que niega la esencia de la naturaleza humana.

La medicina mexicana participa íntegramente de la revolución científica que actualmente se extiende a todos los ámbitos de la actividad humana. Esta revolución —decía yo apenas hace unos días al entregar la presidencia de la Academia— ha integrado la ciencia con la técnica y ha comprendido que la ciencia aplicada, hace todavía 30 años considerada como de segunda clase, es la que ofrece mejores perspectivas para la resolución de los problemas del hombre. En el campo de la medicina ha logrado la estructuración de la medicina científica que investiga y progresa dentro de los canales estrictos de la ciencia y tiene gran interés en su proyección social.

Hoy día son pocos los optimistas que, como nuestros antepasados, creen que el progreso es producto de una evolución inexorable de la actividad humana. El progreso requiere de la ciencia y del esfuerzo consciente para continuar en la lucha y persistir en el propósito activo de mejorar nuestra vida comunitaria. La investigación científica es, pues, fundamental y en medicina esencial. La investigación médica —en razón de su objeto y de su esencia— persigue siempre fines que procuran el bienestar humano, sin establecer perspectivas de amenaza futura como otras investigaciones. Este hecho y la realidad que encierra, ha sido reconocido y analizado por personas ajenas a la medicina. Así, por ejemplo, el sociólogo contemporáneo Thomas S. Simey, al comparar los tipos de progreso para la formulación de objetivos más viables y aceptables para la sociedad humana, escribe esta candente frase: "Los descubrimientos de los bioquímicos han revolucionado la genética y la nutrición con grandes esperanzas, mientras los físicos se nos presentan con la amenaza de la bomba atómica; ésta es una consideración que no puede calificarse de trivial, ya que se trata de una triste realidad."

Esta proyección humana que ennoblece a la Medicina nació con ella, se acre-

cienta en nuestros días y persistirá siempre, pues único ha sido el pensamiento a lo largo de la historia y único el fin desde los tiempos más remotos hasta la época moderna, desde la era del *Imhotep* hasta los días presentes en que el mundo se estremece entre el avance extraordinario de la técnica y la lucha por establecer con justicia los derechos del hombre de acuerdo con la esencia y la dignidad humanas.

La medicina, nacida al lado de la primera expresión de sufrimiento, con el simple deseo de aliviarlo, se hizo científica cuando surgió la necesidad de explicar los fenómenos que se desarrollan en el organismo humano y aprovechando el adelanto de la ciencia y de la técnica, precisamente a lo largo del siglo que ha vivido nuestra Academia, se afanó en esta investigación sin fin que, manteniendo el primitivo objeto de aliviar al que sufre, persigue el supremo ideal de mejorar al individuo y a la sociedad.

He ahí una verdad esencial afirmada por el esfuerzo continuo y fatigoso que, con la misma fe y empeño se realiza, desde los albores de la medicina en el gran escenario de la Mesopotamia y la tierra adyacente de Egipto hasta nuestros días, en defensa de la vida y de la salud del hombre, en defensa de la armonía del organismo individual y del colectivo.

El médico, de acuerdo con la concepción profundamente humana de su misión e íntimamente identificado con su grave responsabilidad, siente firmemente la necesidad de progreso, no para satisfacer el deseo de dominar a la naturaleza, sino para mejorar sus recursos de servicio al semejante, para alcanzar su desiderátum de servir al hombre con sentido universal.

Esta responsabilidad que para salir adelante requiere del esfuerzo conjunto, ha hecho imprescindible el que el médico comunique de inmediato sus nuevas adquisiciones, discuta los nuevos problemas que plantea el progreso, compare su experiencia con la de los demás, busque nuevos derroteros y considere como elemento indispensable de beneficio colectivo la difusión de los conocimientos sin barreras ni egoísmos.

¡Qué mejor celebración, pues, podría desear para su centenario una institución médica de vida austera, científica y académica, que un congreso científico del que salga un mensaje que, con proyección ecuménica, difunda por todos los ámbitos las realizaciones de nuestro país en lo médico y en lo intelectual!

Esta celebración ha merecido el alto patrocinio del señor Presidente de la República, Lic. don Adolfo López Mateos, a quien la Academia y la medicina mexicanas expresan su más profundo reconocimiento, y la desinteresada y comprensiva ayuda del señor Dr. don José Álvarez Amézquita, Secretario de Salubridad y Asistencia; del señor Lic. don Benito Coquet, Director general del Instituto Mexicano del Seguro Social, y del señor Dr. don Ignacio Chávez, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. A todos, muchas gracias.

Como presidente de la Comisión Organizadora del Congreso, siento la obliga-

ción de manifestar claramente que el éxito seguro que alcanzará este certamen científico es producto del esfuerzo intenso y generoso de los comités que organizaron sus diversos aspectos.

Gran realce da también a esta reunión la presencia de numerosos delegados que representan a las universidades, academias y sociedades médicas de países de los cinco continentes de nuestro globo. Su respuesta generosa a nuestro llamado, la alta calidad de las comunicaciones científicas que han preparado para nuestro Congreso y su destacada personalidad en el concierto médico mundial, honran a nuestra Academia, confirman la universalidad de la medicina mexicana y dan fe, una vez más, de la sinceridad y solidez de la hermandad médica que preconizara Hipócrates. ¡Señores delegados, bienvenidos a México y a la casa de esta Academia!

Además del Congreso, se conmemora este Centenario con otros elementos de gran significado.

Una obra de alto valor científico y académico, que contiene los trabajos que se presentarán en el Congreso, así como interesantes aspectos históricos, filosóficos y humanísticos de nuestra medicina, será un documento vivo del pensamiento de México en los días de este Centenario.

Por disposición del señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos se hizo una emisión, que hoy sale a la luz pública, dé una estampilla postal conmemorativa que lleve el mensaje a todo México y al mundo, y deje constancia del primer centenario de la Academia de Medicina más antigua de América.

Se ha acuñado, además, una medalla conmemorativa que guarde celosamente el recuerdo de este fausto acontecimiento. La primera medalla que salió de las manos del orfebre lleva una leyenda especial y aprisiona en su metal nuestro profundo respeto y gran admiración por el señor Presidente de la República. El presidente de la Academia la ofrecerá ahora mismo al señor Lic. don Adolfo López Mateos, como homenaje al distinguido universitario y brillante intelectual y como reconocimiento público que hace esta centenaria Academia de Medicina de su extraordinaria labor por la salud del pueblo mexicano.

GACETA MÉDICA DE MÉXICO
TOMO XCIV N° 6
Junio de 1964

GALERIA ACADEMICA



DR. JORGE NEGRETE MARTÍNEZ
Nuevo socio numerario de la
Sección de Biofísica

Hijo del señor José Negrete Vía y de la señora Guadalupe Martínez de Negrete, el Dr. José Negrete Martínez nació en la ciudad de México el día 9 de junio de 1929.

Hizo su bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria y sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina en la cual se recibió de Médico Cirujano por examen que sustentó el 5 de diciembre de 1952 con mención honorífica. Su tesis versó sobre "Influencia de la corteza suprarrenal sobre el sistema exterolector", tema en el cual también obtuvo mención honorífica.

Ha hecho estudios de postgraduado como sigue: Curso especial de Fisiología a cargo del Dr. Arturo Rosenbluth, curso sobre Radioisótopos e instrumentación nuclear en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1958, curso anual de Biofísica en la escuela de Postgraduados de la Universidad de Minnesota en 1960 y 1961, curso anual de Electrónica, Medidas Eléctricas, Tubos electrónicos y Circuitos eléctricos en la misma Universidad y en esos mismos años.

Ha sido preparador de Prácticas de Fisiología (1948 a 1950) y Profesor de Fisiología Humana, de 1951 a 1956, en la Escuela Nacional de Medicina. Profesor de Fisiología de 1955 a 1959, de Biofísica de 1959 a 1961 y de Radiología de 1962 a la fecha en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ha desempeñado los puestos de: Investigador Asociado en el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales de 1949 a 1955; Investigador de tiempo completo en el Instituto de Estudios Médicos y Biológicos de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1956 a la fecha; Investigador Adjunto en el Departamento de Biofísica de la Universidad de Minnesota de 1960 a 1961.

Pertenece a la Sociedad Mexicana de Historia Natural, Biophysical Society, Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas y Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría.

Es autor de 40 artículos sobre temas relacionados especialmente con la rama que cultiva (Biofísica) que han sido publicados en la prensa médica nacional y en la extranjera.

La Academia Nacional de Medicina lo aceptó en su seno con el carácter de socio numerario el día 15 de mayo de 1963, ocupando un sitio en la Sección de Biofísica.

Discurso del Dr. Demetrio Sodi Pallares, Presidente de la
Academia Nacional de Medicina y Presidente del Congreso del
Centenario, pronunciado en la ceremonia inaugural de este
evento, el día 30 de abril de 1964

Sr. Lic. don Adolfo López Mateos, Presidente Constitucional
de los Estados Unidos Mexicanos,
Señores Miembros de la Mesa de Honor,
Señores Delegados nacionales y extranjeros,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

Cerca del final de la senda de mi vida, me encontré con un anciano respetable que peregrinaba sin dar cabida a reposo alguno. Sus cabellos eran blancos como la nieve de las altas cumbres, sus ojos de un claro azul que reflejaban una inmensa dulzura al par que un gran deseo, con esperanza de conseguirlo. Su voz tan serena como amable, me dijo sin recelo: Yo soy la esperanza, mi camino ha sido largo, muy largo, y sólo te hablaré de lo que conviene a tu persona.

Después de cruzar el rompimiento de las vertientes pónticas que entre Asia y Europa se levantan, pasé al Helesponto y pude contemplar desde aquel ancho espacio la majestuosidad de las islas Cícladas. Muchas horas aún fueron necesarias para alcanzar la capital del Atica en el Pireo, la inigualable Atenas, la envidiada por los peloponeses y eginetas. Visité el Partenón, y la torre de los vientos, los restos de la muralla Valeriana y el pórtico de los gigantes, lo que queda de la capilla de Dionisio, y no dejé la ciudad sin familiarizarme con la Acrópolis y la colina de las ninfas. Me alejé por la puerta de Palas Atenea, proseguí a las orillas del Cefiso y a seis estadios de la ciudad helénica me encontré en un sitio para mí desconocido. Un hermoso jardín de plátanos y olivos que limitaban múltiples senderos. Pese a que el sol en el cenit estaba, creí ver oscuridad en aquel paraje. Me estremecí al recordar del Dante la aventura, cuando un espectro u hombre verdadero, me dijo: "Hombre no soy, mas yo lo he sido. Academo fue mi nombre, en Atenas vi la luz, y caro fui al pródigo Zeus, cuando ornaban mi frente los laureles de ilustre guerrero. Has de saber, respetable anciano, que fue

Teseo el verdadero raptor de la bella Helena. Negóse a devolverla cuando Cástor y Pólux, hermanos de la bella argiva, infructuosamente la reclamaron. Yo, Academio, revelé a los que serían refulgentes estrellas, el sitio en que oculta estaba y, en recompensa, los dos hermanos excluyeron de sus conquistas la tierra que ahora ves, a orillas del Cefiso. Con el tiempo, y al formar ahí su escuela un gran pensador, este lugar tomó el nombre de Academia. Mas no debo adelantarte lo que verás con tus mismos ojos. En el correr de los siglos del engañoso tiempo, habrá concurrencia de pensadores en campos muy diversos y en honor a mi nombre —premio que de los dioses recibí— tales consorcios, Academias serán llamados." Su imagen se desvaneció, mas de inmediato, en vez de una, tres más surgieron como espectros u hombres verdaderos: "Hombres no somos —me dijeron—, mas lo hemos sido" y en sucesión, así, como sigue, hablaron:

—Yo soy Heráclito de Efeso y vi la luz cinco siglos antes que Aquél situado en el centro de la historia. Fui uno de los más vigorosos pensadores de la Grecia antigua, y mis conciudadanos, al no alcanzar a comprender mi pensamiento, Filósofo Oscuro me llamaron. Mas en el correr de los siglos, un gran artista, el Urbinate, me pintaría, con los que ahora seguirán hablando.

—Yo soy Platón por sobrenombre y vi la luz en Atenas, cuatro siglos antes que Aquél situado en el centro de la historia. Aristocles fue mi nombre verdadero, aprendí con Sócrates, el de triste y glorioso fin, y fui maestro superado por aquél que después de mí, seguirá hablando.

—Yo soy Aristóteles, vi la luz en la ciudad calcidia de Estagira, actué como médico del rey macedónico Amintas y como maestro del hijo de Filipo, el príncipe Alejandro. Fui filósofo, historiador y físico. Mas, desde ahora, te hablaremos juntos—. Los labios de los tres gravemente se movieron y una sola voz escuché, con autoridad y sin agravios.

—Al igual que tú, virtuoso anciano, romper podemos con la sucesión del engañoso tiempo. No nos es desconocido el pasado ni el futuro y así podemos informarte que la filosofía de Heráclito tendrá poderosa influencia en el mundo de los siglos XIX y XX. "Toda generación humana vive de la muerte de su precedente, como una ola de mar se forma de otra desaparecida, y así, sucesivamente, en una ondulación sin fin. Nada se detiene; las doctrinas se forman y decaen, igual que los pueblos y las razas. Nada subsiste sino la ley del cambio perpetuo. La realidad fundamental es el devenir; en él se identifica el ser y el no ser, porque lo que pasa a ser de algún modo ya existe, aunque no existe todavía." Una poderosa corriente humana seguirá con pasión estas ideas, una fuerza material incontenible, una filosofía que, en contradicción perpetua, probará que es la materia la única realidad perenne y como en ella hay perpetuo cambio, la filosofía del devenir queda satisfecha.

Deberás saber, también, anciano con ojos de azul de cielo y cabellos blancos como la nieve de las altas cumbres, que nuestras filosofías son disparejas, en su

fondo y dentro de la sucesión del engañoso tiempo. Para el venerable Platón "hay en el orden de lo inteligible, muy por encima de los sentidos, no sólo el Ser inteligible, sino también la Verdad y la Sabiduría", «Ideas inmutables superiores al mundo sensible, la idea del Bien», parte la más rutilante y bella del Ente, después la Verdad considerada en sí misma, la Sabiduría y la Justicia." Esta filosofía tendrá su auge, en el mundo de los siglos III y IV; pero, aunque vaya a menos, nunca será abatida y surgirá de nuevo bajo aspectos los más diversos.

Nos falta señalarte la filosofía del más inteligente entre nosotros, de Aristóteles, el estagirita. Para él, no hay oposición absoluta entre las filosofías de Platón y Heráclito. Ciertamente es que «existen el Soberano Bien, la Verdad misma, la Inteligencia que es el entendimiento de los entendimientos, que desde la eternidad misma existe. Pero ni el hombre, ni el león, ni las rosas, ni los lirios, podrían existir separados de la materia. Además existe como enraizada en las cosas, la esencia inteligible que sólo una inteligencia puede descubrir». En el correr de la historia, esta filosofía sería superada, únicamente, por el límpido candor y la angelical beatitud de Santo Tomás de Aquino, doctor por excelencia de una Iglesia que vivirá hasta la consumación de los siglos y será el consuelo de una corriente de mártires, de humildes, de desamparados y de perseguidos.

Para terminar, pues no queremos fatigarte, has de saber, respetable anciano, que desde hace siglos deambulamos entre los olivos de este jardín, discutiendo sin cesar y sin poder alcanzar unidad en el criterio. Lo mismo sucederá en los mundos de todos los siglos y en los siglos de todos los mundos.

Quedó el anciano pensativo por un buen rato y con voz dulce, habló de esta manera:

—Hace tiempo largo que os conozco, pues como bien dijisteis yo también puedo romper la sucesión del engañoso tiempo. Vuestro filosofar encendió muchas hogueras en el sufrido mundo. Muchas lágrimas se vertieron por vuestras culpas y muchas deformaciones a vuestros modos de pensar se realizaron. Olvidásteis luchar por el consorcio de las generaciones y los hombres. Habéis de saber que hay algo más sublime de todo lo que hasta aquí se ha relatado. Es el amor entre los hombres, es el deseo de bien al semejante sin que importe su manera de pensar, es el ver al prójimo como si uno mismo fuera. Esta es la filosofía de la Esperanza, pues tal es mi nombre, y triunfará en la segunda mitad del siglo XX. Así verá el que entonces viva, que en un día de sol y de armonía, en una hermosa ciudad, ha tiempo Tenochtitlán llamada, hombres de bien y sabios distinguidos acudirán de los confines más distantes. Una organización de gran renombre cumplirá 100 años de ininterrumpida vida; se distinguirá por su organización y ordenamiento. Un caballero águila, bravo en su actitud y por su destreza conocido, presidirá tan fausto acontecimiento, el que las riendas lleve de aquel país soñado; tal hombre, como yo, buscará el mismo afán sin dar cabida a reposo alguno, es el afán del amor entre los hombres, de la paz entre las naciones, es el ver al prójimo

como si uno mismo fuera. Muchas otras personalidades de las que sería prolijo hablar, estarán en el estrado.

Llenos de bondad y de sapiencia acudirán galenos de todo el orbe y de la gran nación azteca. El cónclave será ejemplo de paz y de armonía, de razón y de amor, de ciencia y de cultura. Los más encumbrados departirán con los humildes y puedo asegurarles, sin temor a equivocarme, que si las naciones y estadistas de esa segunda mitad del siglo XX imitaran a los hombres de aquel país soñado, a los que se reunirán a festejar a la organización de gran renombre que cumplirá 100 años de ininterrumpida vida, entonces, habrá paz en el mundo como una sola vez ha habido, cuando vio la luz Aquél situado en el centro de la historia.

Ese es el mensaje de amor que recibí y esto es lo que yo os trasmito ahora.

Discurso del Dr. Donato G. Alarcón, pronunciado en la ceremonia de clausura del Congreso del Centenario de la Academia Nacional de Medicina, el día 6 de mayo de 1964

Toute la suite des hommes pendant le cours de tant de siècles doit être considérée comme un seul homme qui subsiste toujours et qui apprend continuellement."

PASCAL

Sr. Secretario de Salubridad y Asistencia,
Sr. Rector de la Universidad Nacional Autónoma,
Sr. Presidente de la Academia Nacional de Medicina,
Distinguidos huéspedes de honor,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

En el inicio de esta celebración centenaria habéis escuchado las palabras de dos ex-Presidentes y las del nuevo Presidente de la Academia Nacional de Medicina y, como era de esperarse, cada discurso fue un mensaje que ofreció el fruto de la sabia meditación de cada uno de ellos.

El primero, obra de Ignacio Chávez, nos relata el origen de la Academia; de su misión como gran conductora de la opinión científica de los médicos de aquí y lo hace con galanura y con precisión magistral.

Alfonso Alvarez Bravo expresa lo que la Academia es hoy, la sana orientación que ha llevado y es de esperarse que lleve, y en su discurso se mira transparente el espíritu constructivo que gobierna sus ideas como gobernó a la institución.

Demetrio Sodi Pallares, el Presidente que por un año regirá la Academia, escogió para exponer sus ideas el sublime plano helénico y arrebató nuestra imaginación para guiarnos por una senda elevada hacia la contemplación de la esperanza.

Toda la serie de trabajos que se ha escuchado en este Congreso se muestra dócil a una fructuosa y admirable organización no menor que el mérito en ellos patente.

Haber escuchado esos trabajos permite tener un concepto de la medicina de hoy, aunque sólo sea de hoy, porque nuestra ciencia se ha significado ahora por la fugaz validez de sus adquisiciones. Apenas asida una verdad muere como efímera en nuestras manos, pero no en vano. La verdad de hoy no lo será mañana sino en parte, pero servirá de sostén con todas las otras verdades, para establecer una nueva, también pasajera.

Me ha tocado, por designio de los organizadores, llegar a deciros unas palabras que llevarán una visión ya no de la historia o del presente o de la etérea y sublime esperanza que debe alentar en los nuevos médicos, sino que habré de invitaros a asomarnos por la ventana que el presente ofrece hacia el futuro, y a observar cuál es la magnitud de la empresa que se encomendará a quienes nos seguirán, con el paso más firme de la juventud. Y la tarea me parece excesiva para la brevedad que me impongo y para la no menos breve capacidad de mi pensamiento. Sin embargo, os traigo mi mensaje de aliento para el trabajo que inagotable os espera. Hoy más que nunca son verdad las palabras de Goethe: "Lo que has heredado de tu padre lo deberás ganar otra vez o no será tuyo." Así, los médicos tienen que reemprender la tarea de volver a ganar la verdad a partir de las que han heredado para tener la verdad de su tiempo.

El trabajo en todas las formas que el médico ha de abordar, con una intensidad que hará demasiado breves para su exigencia las horas de la vigilia: aprendiendo en el laboratorio, en el libro, en el simposio, pero sobre todo y siempre, en el enfermo y aprestándose a domeñar las nuevas creaciones del genio y de la técnica de las máquinas, monstruos nuevos a los que tiene que hacer sus servidores y no hacerse siervo de ellas.

Habréis de enfrentaros a nuevos problemas de compleja apariencia para cuya solución se pondrá a contribución vuestra inteligencia, vuestro ingenio y tenacidad y hacer uso versátil del ánimo alerta y la atención honrada ante los dilemas que en años venideros vendrán a demostrar si es verdad que aún os rigen, los principios caros a Hipócrates como a nosotros han sido, porque de todo el acervo que nos dejó casi todo ha sido pulverizado por el tiempo, menos los dictados de la Ética, que son su gloria mayor y la de los médicos a través de los siglos.

Cuando vemos marchar en retirada a los viejos enemigos del hombre, como el tifo, la malaria, la neumonía y la tuberculosis, algunos sólo retenidos en el presente por nuestra incuria, vemos también aparecer otros, de más compleja estructura al descorrerse la cortina que los ocultaba o vienen como nuevos azotes del hombre de hoy.

Tenéis ante vosotros una legión de nuevos hechos por interpretar y de soluciones por buscar en la nueva patología viral, o en los viejos gérmenes que por una inesperada iatrogenia hemos convertido en enemigos renuentes a desaparecer. Los nuevos mecanismos de destrucción endógena y exógena que desafían vuestro interés en los fenómenos de la hetero y autoinmunidad; en el mundo

confuso de las enfermedades de la colágena. Y en cada rama es inagotable el relato de los hechos que devienen. La senda de la bioquímica, explicando los íntimos fenómenos de la conducta, no sólo en el esquizofrénico sino en los actos esquizoides del supuesto hombre normal o aun del llamado temperamento del individuo. Las sutiles alteraciones del medio interno que nunca parecen terminar de ser conocidas por su contenido electrolítico, las variantes increíbles de sus enzimas, y la inestable composición de las fracciones globulínicas que condicionan la alergia y la inmunidad. Y el llegar hasta la división millonésima de las porciones de la célula por la microquímica del cromosoma, primero en busca de las alteraciones morfológicas y después en su composición, empeñándose en descubrir el secreto de la vida en el análisis del ácido desoxirribonucleico. Y en éste, el asombroso descubrimiento de la composición única o uniforme de la vida lo mismo vegetal que animal por su invariable presencia. La llegada avasalladora de la ciencia genética que en medicina viene a ofrecer caminos no ambulados para descubrir el origen de muchos males que se rigen por las leyes de la herencia y por las sutilezas de la transmisión de los genes en su misterio de composición y de su acción, en cuya búsqueda el hombre que piensa, un día se ha de detener ante el suspenso de la gran interrogación.

¿Crearé el hombre la vida? O ¿se escapará a sus manos la chispa vital gracias a un sabio designio superior?

El hombre vive más años aunque sin superar el límite habitual para su desaparición, y aunque han huido las enfermedades de otrora, aparecen unas más que estaban en acecho del predominio, como el deterioro vascular, la decadencia hormonal o la anarquía celular, que aún hoy significa el cáncer.

Para aquellos que poseen el impulso de la lucha contra el mal por la acción inteligente y cruenta, las viejas sendas ahora son avenidas amplias. He aquí como muestra la cirugía correctiva en el corazón abierto, intencionalmente detenido, su corriente desviada, para exaltar el arte maravilloso de las manos, para sustituir las válvulas, rectificar la función por cambios en la anatomía hasta lograr la taumaturgia que vuelve la vida y la esperanza a los antes irremediabilmente perdidos.

En una extensión inaudita se sustituyen los vasos por vasos de artificio y aun el corazón mismo se intenta sustituir por máquinas que no sólo marquen el paso por el impulso eléctrico, sino que el órgano mismo sea sustituido por una bomba impelente que hoy parece primitiva, pero en cuya perfección se trabaja con impulso febril.

Más adelante ya se logra la sustitución por órganos homólogos, heterólogos, de otros seres humanos o de animales y se empiezan a presenciar con ánimo atónito los éxitos que hacen sentirse al hombre el nuevo Prometeo de otro fuego sagrado.

Burlando la acción de las viejas enfermedades que limitaban la vida, la medi-

cina refina su cuidado por los que envejecen. Por otra parte, corregidas las deficiencias del infante nacido con defectos que lo llevaban a la muerte a poco de nacer, la medicina y la cirugía lo capacitan para llegar a la edad adulta y le permiten usar su capacidad genésica para multiplicarse en seres defectuosos como él.

Obligatorio como es para el médico el preservar y prolongar la vida, no puede menos que detenerse a reflexionar sobre la carga que dejará a las generaciones por venir, de mantener en grado creciente a seres parcialmente capaces para sobrevivir, con gran gasto para los demás y en competencia con ellos. Como dice el genetista inglés C. Darlington: "Los que fueron salvados cuando niños, volverán al hospital mismo con sus hijos para ser salvados, y en consecuencia, cada generación de una sociedad estable dependerá más del tratamiento médico para su capacidad de sobrevida y para reproducirse."

El problema era enfrentado desde tiempos remotos, ya de manera bárbara, o se sugería por Moro en su utopía, cuando invitaba a los incurables al suicidio.

Os tendréis que enfrentar a ese problema o a ese dilema que se nos echa en los brazos ahora, ya por necesidades económicas como en Japón o en previsión de problemas sociales como en Suecia.

Sin embargo, desde ahora diremos que no creemos que el médico tenga que ser llevado a sugerir o a aceptar la solución de los problemas de la humanidad creciente por la renuncia a su misión de conservar y preservar la vida.

He reclamado al respecto lo que ahora nuevamente expreso: El caudal de amor que el médico aplica a conservar la vida no podrá en el futuro ser puesto en desequilibrio por un dilema y que es a los demás a quienes toca resolver la economía, aportar su devoción y su humanitaria obra para resolver la sobrepopulación. Quizás al médico, por la investigación genética, le toque aconsejar para evitar la procreación absurda de los seres defectuosos, pero jamás contribuir a ahogar la vida.

Debemos reflexionar, y vosotros lo haréis en condiciones más dramáticas en el futuro, sobre la incongruencia de salvar por refinamientos de costo infinito en esfuerzo y dinero y en devoción a seres quizás parcialmente útiles aún a sí mismos y en cambio escoger a los mejores para enviarlos a la guerra. Y burlando la selección natural parece que procuraremos salvar un mundo de invalideces que engendrará inválidos. El camino no está cerrado, con solo que se escuche el consejo de los médicos con la oportunidad que reclama la gravedad del futuro.

Pero el médico ha de acompañar al hombre en sus aventuras y en sus locuras, al hombre envenenado por el odio y por la ambición.

Tras de todo Napoleón va un Larrey; tras de cada guerra la medicina extrae asombrosos recursos de entre la sangre y la destrucción en medio de la propia batalla. Para vosotros será la tarea de seguir a los hombres en esa nueva locura: la de los vuelos espaciales y de ella de seguro habréis de extraer tesoros de

observación del hombre en la gravitación ante la radiación cósmica, ante las fuerzas extraterrestres cuya acción han de demostrar algún camino para ayudar al enfermo.

No podemos seguir adelante con la enumeración de las perspectivas para el médico de hoy y de mañana. Su contemplación hace seductora la vida del médico y no debe maravillarnos la llegada del tropel de jóvenes que ansiosos desean estudiar medicina, no obstante las limitadas perspectivas económicas que les aguardan y a pesar de la injusticia con que se trata al ser que vive para los demás.

El verlos llegar nos despierta ese anhelo, imposible de realizarse, el mismo que hizo detenerse a Pasteur en su meditación añorando sus trabajos iniciales de cristalografía, en la dura lucha que precedió largamente a su apoteosis, y mirando a su nieto Valery Radot exclamó:

“¡Ah, hijo mío, cómo desearía tener ante mí una nueva vida para reemprender el estudio de mis cristales!”

* * *

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina: al llegar al término de esta celebración del Primer Centenario de nuestra institución; en estos días, que hemos vuelto al pasado los ojos para admirar a nuestros predecesores; para valorar el presente y para enviar nuestra mirada anhelante hacia el porvenir, hoy como nunca, sentimos la verdad de las palabras de Pascal: “Toda la serie de hombres durante el curso de tantos siglos debe ser considerada como un solo hombre que subsiste siempre y que aprende continuamente”.

Estamos seguros de que al término del siglo de estudio que para la Academia empieza hoy, volverán los ojos los académicos de entonces hacia nosotros y volverán a repetir estas palabras que expresan la unidad del hombre a través de los siglos, la unidad del esfuerzo, la unidad perenne de la ciencia médica.

Informe del Dr. Miguel Jiménez, Secretario del Congreso del Centenario de la Academia Nacional de Medicina, leído en la ceremonia de clausura del evento, el 6 de mayo de 1964

Vengo a cumplir con la honrosa obligación que me impone mi posición de Secretario General de este magno Congreso del Centenario de nuestra Corporación, la de rendir a ustedes un muy breve informe de las actividades que se llevaron a cabo durante esta celebración.

El evento fue inaugurado brillantemente el día 30 de abril con la asistencia del señor Lic. Adolfo López Mateos, Presidente de la República, del señor Dr. José Álvarez Amézquita, Secretario de Salubridad y Asistencia, del señor Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación Pública, del señor Lic. Benito Coquet, Director General del Instituto Mexicano del Seguro Social, del señor Dr. Ignacio Chávez, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y de otros distinguidos Miembros del Gabinete y relevantes personalidades universitarias.

Nos honraron con su asistencia numerosos miembros del Cuerpo Diplomático y un gran número de delegados nacionales y extranjeros representantes de academias, universidades, escuelas de medicina y sociedades científicas. En esta ceremonia se pronunciaron conceptuosos discursos que dejaron escuchar en el recinto las palabras de ilustres universitarios y académicos.

Al terminar la ceremonia el señor Presidente declaró inauguradas las actividades y posteriormente cortó el listón de la entrada de la Exposición Científica Técnica-Industrial y visitó los principales stands.

Esa misma tarde se iniciaron las sesiones científicas, las que se llevaron a cabo sin interrupción, exactamente a la hora indicada, hasta el día de hoy.

Durante ellas se presentaron 13 conferencias magistrales, habiendo faltado sólo una de las plenarias por no haber llegado el delegado correspondiente. Estas conferencias trataron los más importantes aspectos de la medicina y suscitaron los más variados pero elogiosos comentarios. Se desarrollaron 22 Coloquios que fueron coordinados por distinguidos académicos y cuyo desarrollo despertó el interés general, y al final de los cuales se hicieron preguntas y numerosos

comentarios. Hubo además 16 Sesiones de Secciones en las que se presentaron 107 trabajos, habiendo faltado sólo 4 de los originalmente planeados, que versaron sobre todas las diversas ramas de la medicina moderna. Estos fueron también ampliamente discutidos y suscitaron numerosas preguntas.

Hoy, después del último coloquio, se entregó a todos los participantes el primer tomo de la Obra Conmemorativa y a los congresistas no académicos, la medalla correspondiente, ya que a los señores académicos, delegados e invitados especiales se les hará entrega al final de esta ceremonia.



Medalla conmemorativa del Centenario de la Academia Nacional de Medicina.

La exposición científica, técnica e industrial ha suscitado los más elogiosos comentarios entre los que se debe hacer resaltar el del Prof. Henry Fredericq, Miembro Honorario de nuestra Academia y Rector Honorario de la Universidad de Lieja, Bélgica, que dijo que había quedado maravillado de la técnica radiológica, fotográfica, microscópica y médica en general, que la exposición había puesto de relieve.

La parte científica de la misma ocupa 91 stands y fue elaborada por los académicos de las diversas secciones de la corporación. La referente al aspecto técnico-industrial consta de 37 cubículos y ha sido presentada en forma muy discreta y con un elevado espíritu de cooperación. Esta exposición continuará abierta hasta el día 24 del presente mes, para que pueda ser visitada por el público médico en general y por todas las personas que así lo deseen.

Las sesiones cinematográficas reunieron a una numerosa concurrencia y las películas exhibidas dieron lugar a los más variados comentarios.

En el aspecto social, puedo decirles que reinó la mayor confraternidad y las celebraciones llevadas a cabo fueron las siguientes:

Vino de honor en la antigua Escuela de Medicina, que reunió a un gran número de los asistentes y nos hizo rememorar a muchos los días de la juventud ya pasada, en que deambulábamos por los corredores de la vieja casona de Santo Domingo, sin otras preocupaciones que las estudiantiles.

El concierto de la orquesta sinfónica, puso un sello de altura intelectual a

nuestras actividades sociales, y la exhibición del Ballet Folklórico enseñó a nuestros visitantes el esplendor y la magnitud de nuestro colorido.

La Universidad Nacional Autónoma nos abrió sus puertas en un vino de honor que permitió a los delegados extranjeros admirar las construcciones y campos universitarios.

El Comité de Damas elaboró un programa muy atractivo para los miembros acompañantes, y así se realizaron visitas a la Unidad Independencia del Instituto Mexicano del Seguro Social; a las Pirámides de San Juan Teotihuacán y a las residencias de San Angel, todas ellas con comida, en las que fueron eficientemente atendidos.

La asistencia a nuestro Congreso sobrepasó lo que se esperaba y la inscripción alcanzó la cifra de 1098 congresistas, de los cuales fueron 841 médicos y 287 acompañantes.

Para terminar esta breve reseña de nuestras actividades, deseo agradecer en nombre de la Comisión Organizadora, la valiosa e inestimable colaboración de todas las instituciones y personas oficiales y privadas que nos permitieron llevar a cabo la realización de este importante evento científico.

Al señor Presidente de la República, por su alto patrocinio y valiosa ayuda. Al señor Secretario de Salubridad y Asistencia, Dr. José Álvarez Amézquita, por su decidida y franca colaboración, al señor Lic. Benito Coquet, Director General del Instituto Mexicano del Seguro Social, por todas las atenciones morales y materiales de que hemos sido objeto, al señor Dr. Ignacio Chávez, Rector de nuestra máxima casa de estudios, por su inestimable ayuda. A los delegados nacionales y extranjeros, representantes de academias, universidades, escuelas de medicina y sociedades científicas, cuya presencia y participación activa en este certamen, contribuyó a darle mayor realce. A los señores académicos cuya valiosa colaboración en todos los aspectos, fue la base de todas las actividades de nuestro Congreso. A las señoras esposas de los compañeros académicos que han puesto una vez más su entusiasmo y gentileza al servicio de nuestra Institución y cuya presencia en todas las actividades sociales, puso un marco de belleza que seguramente será inolvidable. A los patrocinadores de nuestro Congreso la Comisión Organizadora por mi conducto les expresa su agradecimiento por su valiosa cooperación, sin la que no hubiera sido posible la realización de esta magna reunión. Cabe en el momento señalar la omisión involuntaria de la Casa Ciba, S. A., en la lista de ellos. A las empresas industriales que participaron en nuestra exposición y a la compañía constructora encargada de la misma, cuya labor ha sido fundamental para el éxito de este importante aspecto del Congreso. A la Prensa Médica Nacional y a Telesistema Mexicano, que permitieron hacer del conocimiento público todas nuestras actividades, y nuestra más sincera felicitación a los editores del "Diario del Congreso" por su inestimable colaboración. A las agencias oficiales de turismo, que han trabajado en forma muy eficaz.

Al personal administrativo de nuestra Academia que una vez más, trabajando incesantemente y sin límite de tiempo, demostraron su gran cariño por la Institución. También agradecemos al personal administrativo del Instituto Mexicano del Seguro Social de esta Unidad su gentil colaboración.

Con toda intención he dejado al último a los integrantes de la Comisión Organizadora que como ya mencioné en mi informe al iniciarse el presente año académico, son los que han hecho posible la realización de este Congreso trabajando todos y cada uno de ellos con gran entusiasmo y cariño en sus respectivas esferas.

Especial mención merece la actividad desarrollada por el Presidente de la Comisión Organizadora, Dr. Alfonso Alvarez Bravo, a cuyo talento y gran capacidad de organización se debe el éxito de esta reunión, por lo que la Comisión Organizadora de la misma ha decidido, como acto de elemental justicia, hacerle entrega, por mi conducto, de una medalla alusiva en la que está inscrito, por el anverso: *Academia Nacional de Medicina. 1864-1964*, y por el reverso *Al doctor Alfonso Alvarez Bravo por su brillante labor en la organización del Congreso del Centenario*.

Es para mí un alto honor y una profunda satisfacción, hacer entrega de esta medalla a tan distinguido académico, cuyo nombre quedará ligado para siempre en la historia de la corporación a este magno Congreso conmemorativo del Centenario.

* * *

Señores miembros de la mesa de Honor, Señores congresistas, Señoras y Señores: Con esta Ceremonia de Clausura, en la cual se rendirá merecido homenaje a nuestros queridos y respetados expresidentes, en voz del Dr. Zamudio Villanueva, se cerrarán las actividades del Congreso del Centenario de nuestra Corporación. En su organización y desarrollo hemos puesto no sólo todo nuestro entusiasmo y capacidad de trabajo, sino también todo nuestro corazón. Ojalá que el recuerdo que ustedes guarden del mismo sirva de semilla para que las brillantes generaciones de académicos jóvenes que actualmente ocupan merecidamente sitios distinguidos dentro de nuestra institución, continúen manteniendo el prestigio y decoro de nuestra Academia para elevar aún más el sitio privilegiado que tiene la medicina mexicana dentro del mundo científico mundial.

NECROLOGIA

EL DR. ABRAHAM AYALA GONZALEZ

IN MEMORIAM*

DR. PEDRO RAMOS

EL DOCTOR Abraham Ayala González, ex-presidente de esta Academia Nacional de Medicina, nació el 3 de octubre de 1898 en San Pedro de las Colonias, Coahuila. Hizo sus estudios primarios en la misma ciudad y los preparatorios en el Ateneo Fuente de la ciudad de Saltillo en 1912 y 1913.

Inició sus estudios de Medicina en México en la Escuela Nacional de Medicina en febrero de 1914 y obtuvo el título de Médico Cirujano el 15 de agosto de 1919.

A partir de entonces su vida profesional sigue un proceso continuo y consciente de avance, de maduración, de meditación consigo mismo, de autocrítica severa que termina sólo con la muerte.

Clínico de formación general se asoma, al principio, a diversos campos. Pronto su atención es dirigida y se fija definitivamente en la Gastroenterología. Dentro de ella, sin perder el panorama de la Medicina General, aborda sucesivamente el Laboratorio, la Radiología, la Cirugía, la Endoscopia y realmente muy pronto, en tiempo corto, el esfuerzo autodidacta lo convierte en el hombre que conoce a fondo todos los aspectos de la especialidad. Ni entonces, en la tercera década del siglo, ni hoy, hubo ni hay muchos que practiquen todas estas técnicas y por ello sepan juzgarlas con equilibrio y estricta correlación lógica. Unió técnica y ciencia.

* Nota leída por su autor en la sesión ordinaria del 13 de marzo de 1963, con motivo de la colocación del retrato del Dr. Abraham Ayala González en la Galería de Presidentes de la Academia Nacional de Medicina.

Huella indeleble de que se ufanaba y sentía legítimo orgullo marcó en su talento, en su disciplina intelectual el doctor José Terrés, su mentor, de quien este año conmemoramos el centenario de su nacimiento.

"Clínico de legítimo espíritu hipocrático y cirujano habilísimo y de amplia visión que debe a que antes que cirujano trabajó empeñosa e inteligentemente por hacerse médico" —resume certero y conciso el doctor José Joaquín Izquierdo—, lo que explica que pudiera integrar una especialidad médico-quirúrgica y reinvidicara él para la gastroenterología al esófago, considerado entonces en otros dominios. De esa manera de concebir la especialidad la evolución mundial le ha dado la razón. El nacimiento de la Gastroenterología en México se le debe. Muchos de él aprendimos directamente. Lo logró con intenso trabajo, con tesón rayano en la tosudez. La hizo nacer con características diferentes a las de otros países.

Si de 1920 a 1922 lo encontramos trabajando como miembro de la Comisión para el estudio del Tabardillo, cuando el Tabardillo era el principal azote nacional, su actividad médica principal se desarrollaba en el Hospital General en donde era médico y profesor. Después, en 1924, a los cinco años de recibir su título, fundó en él, el Primer Servicio de Gastroenterología. Desde entonces hasta 1934, su actividad se dividía entre la labor asistencial, la clientela y la docencia, cada uno desempeñado con diligencia, con puntualidad, como si fuera lo único que tuviese que atender. Por los mismos años participa en la vida médica oficial y ocupa al final de 1934 y en los primeros meses de 1935, el cargo de Jefe del Departamento de Salubridad Pública. Posteriormente, fue dos veces Director del Hospital General, creador del nuevo Servicio de Gastroenterología en la Unidad que lleva su nombre, fundador y presidente de la Asociación Mexicana de Gastroenterología, miembro de la Academia Nacional de Medicina desde el 21 de octubre de 1936 y posteriormente su Presidente, Miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Trabajador incansable, organiza tres Congresos Mexicanos de Medicina, la Tercera Jornada Panamericana de Gastroenterología, dos Congresos Mexicanos de Gastroenterología y en varias ocasiones Cursos de Post-Graduados, los primeros que se impartieron de esta especialidad en la ciudad de México.

Actuante, jamás dedicado a polémicas, dialogando consigo mismo, conformado su espíritu por severo cartesianismo, sus lecciones eran sucesión de hechos particulares que, unidos por sólida construcción, terminaban por imponerse como incontrovertibles y de consecuencias definidas y definitivas.

Enseñaba él así y su escuela lo practica, que hay categorías de hechos, que según su importancia se catalogan, que la clínica es fundamentalmente operación mental que perfecciona la severa educación del intelecto.

Debo dejar constancia de su amor por el Hospital General; por él trabajó con ahínco, con pasión. Desgraciadamente, no pudo realizar el último de sus deseos:

la construcción del Instituto Nacional de Gastroenterología; las gestiones llegaron tarde en la evolución de la Medicina Mexicana. Quería dentro del propio Hospital una institución de servicio, de asistencia, docencia e investigación que habría sido el coronamiento de sus anhelos.

* * *

Hablar de la vida de un hombre constituye siempre una manera de expresarse acerca de lo que ha sido el modo de vivir de una sociedad. Y no es posible arrancarlo de su ámbito, no es posible disociarlo de la historia, no es posible separarlo de la herencia cultural de su medio y de su gente, ni tampoco del influjo de sus días. Lo más común es que queramos hacer mención de una sola vida, destacar un rostro, un perfil, un individuo, rasgos personales.

Una manera de ser cotidiana puede ser una excepción y parecer gris al observador casual. Sin embargo hay épocas que por sí solas son una excepción, y destacarse en ellas es difícil. Las especialidades no nacieron en México tan sólo por necesidad o designio, sino porque a esa necesidad o designio respondieron personas concretas como el doctor Ayala. Cuando esas personas faltaron la especialidad no nació o ha fracasado.

La generación del doctor Ayala forma parte de nuestro mundo porque el nuestro es en cierta forma el resultado y consecuencia del suyo. Quiero realzarlo porque no he oído aún que se le haya valorado. En ese sentido tratemos de percibir su significación en la silueta de nuestros días. A través de los que formaron parte de ella recibimos tradiciones, enseñanza, valores morales, método, sistema y hemos visto transformarse desde la técnica hasta los objetivos. En cierta forma podemos verlo mejor porque nos ha tocado cerrar el ciclo. Ellos iniciaron la carrera en un sendero que pronto se les hizo irreconocible.

Aunque hoy se dice que el ejercicio de la Medicina en México fue esencialmente individualista, eso no es verdad. Ya de antaño la profesión socialmente más adelantada era la nuestra; sufría la presión social, veía sangrar a los demás, pero al mismo tiempo era víctima de las malas condiciones generales y de la deficiente educación médica del público. Su influencia era limitada, no encontraba eco aunque quisiera servir al mayor conglomerado posible. Poco a poco su influjo creció.

Sin esa generación nada de lo que vemos hoy sería posible. A ella lo debemos y afortunadamente muchos se encuentran en etapas personales productivas. Viven el marco histórico que hicieron posible, lo cual no existía sin acción, sin el avance técnico, sin el cambio de actitud mental de médicos y público.

Al maestro Ayala lo sentimos a veces distante; fiel a ciertos moldes; sin embargo, luchó por modificarlos con su esfuerzo docente y con su ejemplo. A su lado aprendimos la atención al desvalido. Como factores de la transformación

o por sufrirla, todos somos partícipes de la dinámica social que ha transformado a nuestra patria y nuestra profesión.

A esa generación nada le fue fácil. Iniciando sus estudios en pleno conflicto armado, al maestro Ayala le cayeron las armas a las manos a los quince años. Presenció el nacimiento de la protesta. "En aquellas montañas —decía señalando a las cercanías a Saltillo— montábamos guardia los alumnos de Preparatoria". A los 16 años, aislado de los suyos en el otro campo, iniciaba la carrera médica que transcurrió en las horas más violentas de nuestra historia. No sólo tuvo que aprender teoría y practicar en nuestros hospitales, sino que, al mismo tiempo, absorbía las lecciones de la vida.

¿Podemos tener idea de lo que significaron para esa alma joven de natural equilibrada, profundamente afable, la sequedad de su paisaje norteño y las experiencias del desenfreno de los hombres? Posteriormente presenció mucho de las pasiones humanas; desde muy arriba, mucho debe haber visto y reflexionado si tenemos en cuenta su carácter observador.

¿Qué pensaba el hombre médico, el hombre de paz ante la fuerza? Nunca se refirió a ello; sólo él pudo saber de sus luchas internas, de su sentir más profundo. Lo que nosotros sabemos es que los años le permitieron mantenerse íntegro y perfeccionar su espíritu. A pesar de saberse, durante muchos meses, mortalmente herido, una semana antes de morir leía los ejemplos de estoicismo de los romanos, dejando traslucir que entendía que somos muerte y resurrección, parte de un movimiento. Quienes como él lo prohicieron, lo favorecieron, sienten que dejan herencia.

Cuando sus ojos se cerraron, se llevaron mucho que no conocimos, pero llevaban también el miraje de la aurora "del nuevo día". Estaba en paz. Pudo sentirse satisfecho de que la carrera iniciada hace 50 años en Saltillo había sido dignamente llenada de actividad creadora, había cumplido el esfuerzo que le correspondía en la tarea.

El acto que llevamos a cabo hoy colocando su efigie en esta galería es el recuerdo que ofrendamos a un hombre que se entregó a su vocación médica, al cumplimiento de su destino, a mejorar la vida del hombre.